

Cultura e identidad

Mexicanos en la era global

Lourdes Arizpe

Los elementos identitarios de los mexicanos son múltiples y abarcan un sinnúmero de valores tangibles e intangibles: costumbres, gastronomía, relaciones familiares, manifestaciones artísticas, para sólo mencionar unos cuantos aspectos. La antropóloga e investigadora Lourdes Arizpe destaca la fortaleza cultural de nuestro país y sus diversas transformaciones desde los orígenes hasta la actual globalización.

INTRODUCCIÓN

En gran número de países del mundo la cultura y la identidad de los mexicanos es reconocida por su originalidad. Se forjó esta originalidad en el crisol de las altas culturas mesoamericanas y en el diálogo con una gran diversidad de culturas del mundo. Lo que marca en especial la cultura de México es que, a lo largo del siglo XX, la mexicanidad, como voluntad colectiva nacional, forma parte de la combinatoria tanto del nacionalismo como del cosmopolitismo de diversas fuentes políticas. Se basa esta mexicanidad, tanto en la fuerza de compartir una historia que nos hiere, como en el deseo de comunicar e intercambiar diversidades, lo que explica la gran creatividad cultural de los mexicanos. Se ha comentado esta creatividad, tanto en México como entre los mexicanos que salen a vivir al extranjero. Lo expresa con acierto el poeta Michael Schmidt, mexicano galardonado con la Orden del Imperio Británico, al decir que "...esa pluralidad internalizada es nuestro privilegio porque, ahí donde estemos, también estaremos en otro lugar; al mismo tiempo, es, quizá,

nuestro mal, porque nos es difícil habitar por completo el momento".

Recordemos que México es el cuarto país del mundo en biodiversidad y, no por coincidencia, es también uno de los diez primeros en densidad cultural. Hasta hace diez años, era también uno de los diez principales en la producción de artesanías y en innovaciones museológicas y culturales.

Por su peculiar situación geográfica, México es una nación megacultural que recibió la llegada de una gran diversidad de culturas de todos los puntos cardinales: del este de Asia, del oeste de Europa y del suroeste de África, por no mencionar las expediciones míticas mediterráneas, atlánticas y de Polinesia. Se reconocen estas migraciones en la riqueza del legado paleontológico, arqueológico e histórico de México, en el número de lenguas y culturas originarias mesoamericanas. La riqueza siguió floreciendo con las creaciones culturales posteriores al encuentro con los europeos, que incluyen culturas mestizas que se desbordan en música, danza, artesanías, patrimonio cultural de todo tipo y que han nutrido un arte de fama mundial.

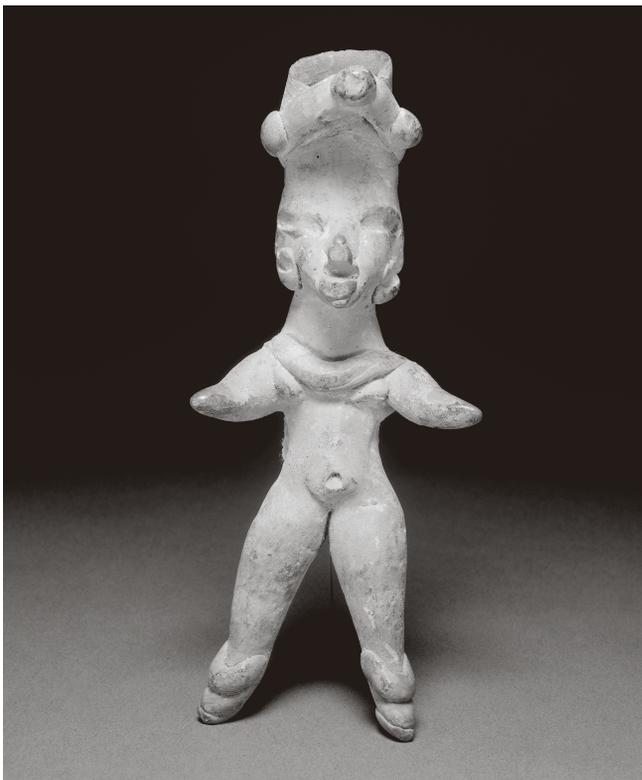
Hoy en día, sin embargo, el crecimiento exponencial de las telecomunicaciones, los audiovisuales e Internet, características de la nueva globalidad, están creando nuevas homogeneizaciones culturales y, al mismo tiempo, nuevas diversidades. Como reacción ha surgido con gran fuerza una voluntad de recrear la identidad y en México, como en otros países, se hace evidente una gran efervescencia en la creación de nuevos códigos identitarios, sobre todo entre los jóvenes, digamos, con el rock en náhuatl y la renovación del huapango en el ir y venir de Veracruz a Los Ángeles. Vale mencionar también, en el arte postobjetual, el performance y el videoarte.

Los mexicanos toman nuevas posiciones en el marco de la pantalla comunicacional global y se vuelven hacia lo que más comparten: la cultura, ya que ella hace visibles, tangibles e intangibles, sus memorias, sus deseos y sus búsquedas de futuro. Sólo que ahora están cambiando a tal velocidad los soportes tecnológicos para la comunicación que cabe preguntar: ¿cómo se va a recrear, reinventar y difundir la cultura y la identidad de los mexicanos a través de los minimensajes de los celulares, el infinito de las redes sociales como el Facebook, los chispazos del Twitter y el mundo por descubrir del multimedia? ¿Cómo seguirá conviviendo esta nueva vibración tecnovirtual con el mundo clásico de los libros, las conversaciones largas, las tertulias que situaban a cada quien en cada lugar, las fiestas coloridas y el abrazo de las amistades y parientes?

No hay duda de que los avances actuales en teorías llevan a una nueva definición de la cultura que la sitúa en el corazón de la relación entre las sociedades, las divisiones políticas —naciones, etnias, religiones y sec-

tas— y los ecosistemas. Por eso hoy es vital afirmar que la cultura no está conformada por objetos, sino por formas de relación en las que interviene la libre decisión de las personas de asumir, portar y practicar un comportamiento cultural. Si no se considera la cultura como este acto de libre decisión, se niega el derecho de las personas de cambiar las vetas de su propia cultura a través de la originalidad y la creatividad. Sin embargo, esas vetas tienen siempre un designio político, entendido éste como la conciencia de saber que se necesitan alianzas y lealtades para asegurar la sobrevivencia de todos. Ésta es hoy la frontera extrema que impone el planeta, a partir de la cual hay que hacer un camino de regreso para recrear la política y la cultura. Es decir, la relación con los demás y con nosotros mismos.

Sin embargo, la cultura puede ser utilizada para unir, pero también para dividir. En la última década se ha utilizado también para crear barreras insalvables cuando no se razona en torno a una creencia, cuando se clava como dogma para exigir que todos los demás se ciñan a ella. Es lo que practican los fundamentalistas, como los islamistas, incapaces de negociar y capaces de destruir con tal de imponer su dogma. El resultado es siempre el mismo: el conflicto y el ansia de destruir a quien piensa de diferente forma. En México, a lo largo del siglo XX se fortaleció una cultura de libertad que permitió la convivencia de ideologías y doctrinas de gran diversidad. Hoy amenaza esa cultura el regreso, en gran medida soterrado, de acciones para imponer un orden ultraconservador que, además, es ya imposible en la etapa de evolución actual del mundo. Por añadidura, esas acciones acaban por infringir la propia moral que quieren imponer y que



Figurilla antropomorfa femenina, Tlatilco, Estado de México, 1200-800 a.C.



María Lagunes, s/t, 1990



Chac-Mool, Pátzcuaro, Michoacán, 1300-1521 d.C.

terminan por abrir resquebrajaduras morales que se han profundizado en México en los últimos años.

En México en el momento actual, después de un clamor ingenuo en el sentido de que todo se reinventaría, no se ha hecho más que seguir con lo mismo, ahora disminuido, banalizando la memoria colectiva sobre el pasado y negando los logros culturales realizados a lo largo del siglo xx. Al contrario, haber seguido el paso adelantado de México en la cultura habría requerido centrar la atención en la libertad cultural, en fortalecer la fuerte adhesión de los mexicanos a aquello que consideran valioso en sus culturas y que quieran rehacer y proyectar, lo que implica haber valorado sus códigos de respeto profundo por lo propio, por sus formas de relacionarse y por su patrimonio cultural. Pero, sobre todo, haber impulsado políticas para hacer que el mercado asegurara las condiciones de vida y de despliegue de sus habilidades para conservar esa intensa producción imaginativa que creaba empleos y pequeñas empresas, nutría un imaginario colectivo y tejía una gran capacidad de convivencia. Ello sólo se podría lograr situando a México otra vez en los movimientos internacionales que mueven el mundo de la cultura.

Hoy ha resurgido el tema de la identidad. ¿Quiénes somos los mexicanos? Después de hacer exactamente la misma pregunta desde la década de los años veinte, a lo largo del siglo pasado se desarrollaron iniciativas culturales sumamente diversas pero que fueron negociadas para forjar esa “pluralidad internalizada” de la que habla el poeta. Demuestra la vigencia de aquella discusión este hecho: después de infinitas discusiones acerca de “¿quién es un indio?” a fines de los cuarenta, Alfonso Caso respondió: “un indio es el que se siente indio”. En una editorial del *International Herald Tribune* del 8 de agosto de 2011, un editorialista comenta otros artículos que

han discutido si ser judío es ser miembro de una religión, una nacionalidad o un pueblo, y concluye que: “es judío el que se siente judío”. Lo importante es rescatar la idea de que tantas iniciativas culturales, discusiones intelectuales, aportaciones culturales, políticas e incluso tecnológicas en México siguen siendo vigentes. Lo que hay que combatir, con toda convicción, es la idea de que aquí nunca se ha hecho nada de valor y por tanto, hay que importar todo.

Por definición, toda identidad es relacional y múltiple. Los mexicanos somos, al mismo tiempo, oriundos de un pueblo, barrio o ciudad, portadores de una cultura étnica —originaria maya o nahua, o de inmigración, afro y otras— o regional —oaxaqueña, jarocha, tapatía, norteña, yucateca—, practicantes de una dirección, profesión, oficio o subempleo, miembros de una feligresía religiosa, adherentes de grupos sociales diversos, y aficionados a tales o cuales tipos de música, o deporte o lo que sea. Cada una de estas filiaciones y adhesiones nos une a una gran variedad de grupos y entretiene nuestra identidad total. Hoy, además, varias de estas pertenencias múltiples nos unen a grupos en otros lugares del mundo. Así sucede con los mexicanos migrantes, artistas y viajeros de la cultura que viven en otros países.

MÉXICO: LA TIERRA DE LA LIBERTAD CULTURAL

No sería necesario remontarnos hasta hace sesenta mil años si no fuera por lo fascinantes que están resultando los estudios etnogenéticos sobre quiénes y cuándo llegaron a América. Ahora se muestra que llegaron muchas oleadas de migrantes desde las regiones de los Montes Urales, de Siberia, de China y de otras regiones de Asia. Algunas de ellas, después de convivir más de veinte mil años en territorio mexicano, consolidaron una gran diversidad de lenguas y culturas. Hoy, en México se hablan todavía trescientas sesenta y cuatro variantes de lenguas mesoamericanas, que forman parte de ciento diez agrupaciones lingüísticas pertenecientes a tres familias de lenguas: la yuto-azteca, la oto-pame y la maya. Milenios después arribaron los hablantes del castellano, el gallego, el vasco, el andaluz y el valenciano —si es que se consideran lengua separadas— y, al parecer, muy pocos del catalán. Poco después, pisaron tierras mexicanas los africanos con su gran variedad de lenguas, principalmente las variantes del bantú y el wolof y el mandingo, que formaron la tercera raíz del pueblo mexicano. Y, desde el siglo xix no han dejado de llegar los grupos hablantes del inglés, francés, chino, libanés, yiddish y alemán, entre otras lenguas.

Con tal diversidad, no sorprende que el contraste, el roce y el gozo de las culturas haya marcado la historia de México. Frente a ella, en vez de replegarse, los

mexicanos crearon una cultura de gran hospitalidad y generosidad, que igual ha absorbido a invasores altaneros que a expatriados, desterrados y exiliados. Y, lo que hay que destacar, también dieron la bienvenida a los enamorados de la música mexicana, la gentileza de la gente, los colores y los paisajes mexicanos. A todos ellos México los ha acabado por asimilar, integrar o dejar en libertad en toda su diversidad.

Este intenso cruce y mestizaje de culturas ha sido posible porque a lo largo del siglo xx se insistió en crear nuevas culturas y nuevas corrientes de arte, artesanías y patrimonio cultural inmaterial. Esta creatividad no provino del Estado sino que éste, al tener un proyecto de desarrollo nacional, la defendió y la auspició, dejando a los propios mexicanos la libertad de hacerla florecer. Por ejemplo, en la danza de la Conquista de Tlacoachistlahuaca en Guerrero, se inventó una coreografía que incorpora otra interpretación de la Conquista, otros personajes míticos y una partitura musical que incluye danza medieval, música mexicana y cuecas chilenas. Cuando le preguntamos a uno de los fiscales amuzgos por qué tocan cuecas chilenas, nos dijo: “Hace unos pocos años vinieron unos chilenos a Acapulco y a los muchachos les gustó esa música”. Se reitera así el gran abrazo mexicano hacia las culturas extranjeras, que pronto se vuelven propias por ese irrefrenable gusto de los mexicanos por la música, la pintura, la danza, el canto, las artesanías, la retórica, el arte escénico, los desfiles y las procesiones, la convivencia, la espiritualidad y mucho más. Si todo ello queda contenido en el cuerno de la abundancia cultural de México, al final, lo que queda es la fiesta. La fiesta, la feria, la conmemoración, el simulacro, el festejo, el relajó, que a través de los siglos se han seguido derramando del gran calendario de ritos y festividades y mitotes de Mesoamérica.

MÉXICO: EL CRUCE CONSTANTE DE ARTE Y DE CULTURAS

Es muy larga la historia reciente de mexicanos que han trazado senderos culturales entre México y el resto del mundo. Desde Diego Rivera hasta Carlos Fuentes y Salma Hayek se hace vigente el principio de que nunca se es tan cosmopolita como cuando se toma como punto de partida el imaginario nacional. Los artistas mexicanos se llevan en la imaginación las habilidades culturales que se transmiten en la vida cotidiana y la combinación de diversidades de varios milenios. Ello explica por qué, ahora en un mundo globalizado y cosmopolita, los mexicanos en el extranjero no sólo no han desaparecido del horizonte mexicano sino que han creado y recreado movimientos culturales que renuevan ese horizonte.

Los ejemplos abundan. Los artistas chicanos recuperaron el muralismo y los símbolos fundacionales de

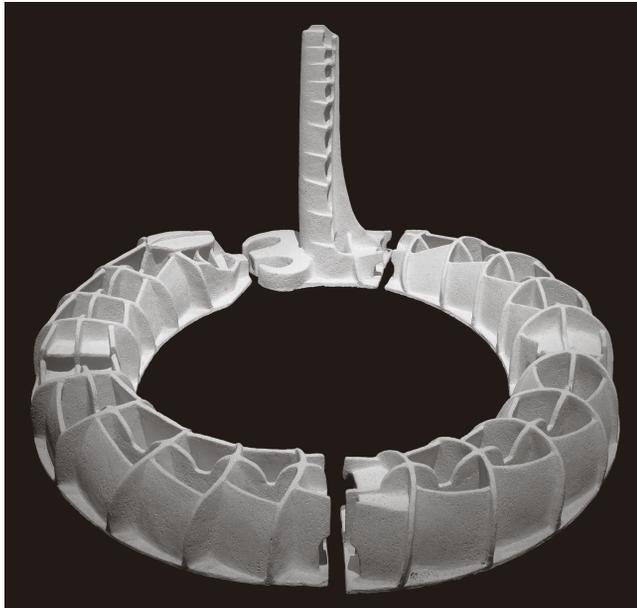


Antonio Castellanos Basich, *Mujer reclinada*, 1990

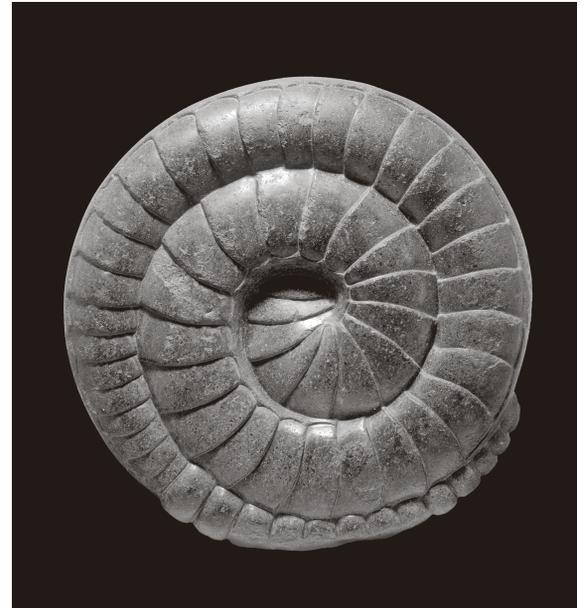
México para después reinsertarse en la dinámica sociedad norteamericana con una perspectiva propia. En muchas ciudades de Estados Unidos y Europa, los migrantes mexicanos han reinventado un patrimonio cultural intangible, como los grupos que tocan sones jarocho en Los Ángeles o Los Tigres del Norte y la música tecnonorteña.

A su paso por el mundo, los mexicanos han formado otros grupos formados de jóvenes en las sociedades que los recibieron, entusiastas de la música, la pintura y la historia de México. Ejemplo de ello es el grupo de mujeres californianas que tocaron música de mariachi nada menos que en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing. Gran número de mexicanos contribuyen a la vida artística y cultural de otros países: Michael Schmidt, galardonado con la Orden del Imperio Británico como poeta, regresará a vivir a Oaxaca, en el país en el que nació; Águeda Lozano, pintora y escultora, a quien se debe la magnífica obra de brillos metálicos de la Place du Mexique en París, ya construye su casa en Cuauhtémoc, Chihuahua, para regresar algún día. Hay muchos más ejemplos de artistas y escritores que se pasan la vida yendo y viniendo de México.

En el séptimo arte, abundan las celebridades: Alejandro González Iñárritu, cuya película *Babel* concursó como finalista para el Oscar de Hollywood; Salma Hayek, actriz, productora de cine sobre México, ahora promotora del arte contemporáneo; Guillermo del Toro, galardonado también por sus películas. Y los jóvenes se adelantan a los tiempos: Gael García Bernal, Diego Luna, Patricia Riggen. Son muchos más los que se podrían mencionar y que han refrendado una de las características más notables de la cultura de México desde el siglo xx: su gran internacionalismo. Éste surgió en las postrimerías de la Revolución mexicana.



Cristina Martínez del Campo, *Urbe del cielo, serpiente del desierto, urbe del desierto, serpiente del cielo*, 1998



Escultura zoomorfa, serpiente enroscada, Ciudad de México, 1325-1521 d.C.

INFLUENCIA CULTURAL DE MÉXICO EN EL ÁMBITO INTERNACIONAL

Abiertas las compuertas de la libertad cultural por la Revolución mexicana, a partir de los años veinte fluyeron los torrentes de creación artística, hacia dentro y hacia fuera. Llegaron los cineastas, como Serguei Eisenstein; los poetas, como Antonin Artaud; los pintores, como Louis Aragon y una lista interminable que fue refrendando el internacionalismo de la cultura en México. Los artistas e intelectuales mexicanos por su parte no cesaron de viajar a Europa, a Estados Unidos en estancias cortas o largas, como los dieciséis años que pasó Diego Rivera en París. Y todos regresaban.

Más tarde, la reforma agraria permitió a las comunidades agrarias recomponer su patrimonio cultural intangible, tan evidente en la profusión de fiestas conmemorativas, patronales, cívicas, agrícolas, calendáricas. No es cierto que los campesinos participaron en la Revolución porque no querían cambiar sino porque querían seguir teniendo una vida comunitaria basada en la sociabilidad, en la convivencia, en la familia, en el parentesco ritual de los compadres, en los arcoíris y sones y retórica cuya algarabía viene a sosegar, como última ola de la vida que rompe suavemente sobre la muerte de la arena, en el Día de Muertos.

Se ha estudiado mucho la cultura mexicana hacia dentro, pero poco la interactividad cultural de los mexicanos fuera del país. No se conoce a ciencia cierta, por tanto, la gran influencia cultural que ha tenido México en el exterior. Para dar un breve ejemplo de esta influencia de México, en el largo camino de sus aportes al estudio y manejo del patrimonio cultural, el arte y las políticas culturales en el mundo, se mencionan unas cuantas fechas clave:

1947: Apenas creada la Unesco, se celebró en la Ciudad de México su Segunda Conferencia General. La inauguró el entonces secretario de Educación Pública, Manuel Gual Vidal, refiriéndose a "...el profundo sentido progresivo de la cultura". Participó Jaime Torres Bodet, secretario de Relaciones Exteriores, quien pronto sería designado director general de la Unesco. Samuel Ramos presidió las "Pláticas Filosóficas" que dieron pie a la creación de la División de "Filosofía y Civilizaciones" de la Unesco; Carlos Chávez y R. Rubín de la Borbolla presidieron las sesiones de música y de museos; Alfonso Caso presidió la sesión de clausura del recién creado Consejo Internacional de Museos. Se dieron a conocer a los delegados, entre otros, los muy originales programas de Misiones Culturales y de las Escuelas de Arte al Aire Libre. La originalidad de la política cultural mexicana, manifiesta en la labor del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Nacional de Bellas Artes, inspiró a los delegados del mundo para la creación, poco después, de un programa en la Unesco intitulado "Cultura", orientado hacia a) la conservación del patrimonio arqueológico y monumental; b) el apoyo a los artistas; c) la promoción de las artes y las "artes folclóricas" y d) los derechos de autor.

Como premonitorio, bajo el capítulo II de ese programa, intitulado "Libre Circulación de Ideas" (*Free Flow of Ideas* en inglés) se leía:

Los canales para la libre circulación de ideas no pueden y no deben ser usados para promover una cultura mundial uniforme. El objetivo de la Unesco era, y sigue siendo, la unidad-en-la-diversidad: ayudar a usar esos canales para que la cultura de uno pueda ser interpretada por otras culturas... que mejor puedan servir de fundamento a un pensamiento y una acción comunes; pero, de igual importancia, es que susciten el respeto por elementos divergentes.

1963: La inauguración del Museo Nacional de Antropología e Historia de México causó revuelo a nivel internacional. Por su originalidad, se concibió con base en una nueva arquitectura museológica, en la integración de la antropología y las artes, la vinculación de las grandezas arqueológicas y las prácticas etnológicas vigentes y presentó innovaciones extraordinarias en museografía. Con este magnífico ejemplo, gracias al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y a un enorme grupo de antropólogos, artistas y artesanos, México quedó integrado a la gran corriente mundial de protección al patrimonio cultural en el primer lugar. Además, en ese sexenio de Adolfo López Mateos, se inauguraron en total cinco museos: además del de Antropología, el Museo Nacional de Arte, la Pinacoteca Nacional y dos más.

1972: Los arqueólogos y arquitectos mexicanos tuvieron una participación activa en la creación de la Lista del Patrimonio de la Humanidad. Su experiencia en programas concretos de protección, conservación y restauración del patrimonio arqueológico y monumental, y que pueden aplicarse en otros países en desarrollo constituyó un aporte fundamental para la Convención Internacional para la Protección del Patrimonio Natural y Cultural aprobada ese año.

1975: Se celebra por primera vez un Congreso Nacional de Indígenas en Pátzcuaro, Michoacán. Allí surgieron las primeras organizaciones dirigidas por indígenas. Se inició la corriente que promovió una política nacional pluricultural, tema que apenas se esbozaba en el ámbito internacional.

1978: Creación del Programa Nacional de Culturas Populares, con base en las ideas innovadoras de un grupo de antropólogos, escritores y artistas que tuvo una influencia vital en la Convención Internacional del Patrimonio Cultural Inmaterial.

1982: Tiene lugar en la Ciudad de México la famosa Conferencia Intergubernamental sobre Política Cultural, llamada Mondiacult, que consolidó las bases para que los estados crearan políticas de apoyo a grupos indígenas, a artistas, a autores y a promotores culturales.

1995-2003: Las experiencias innovadoras de los antropólogos mexicanos en rescate etnográfico, museos comunitarios y escolares, y de culturas populares se integraron a las discusiones para la creación de la Convención Internacional de Patrimonio Inmaterial en la Unesco. Como subdirectora general para la Cultura de la Unesco, esta autora presidió los trabajos iniciales de elaboración de esta convención. En consonancia con corrientes de otros países, se orientó el programa ya no hacia la conservación sino hacia la salvaguardia del "Patrimonio Vivo". En reconocimiento a la asesoría mexicana en la elaboración de la convención, la Unesco otorgó a la Universidad Nacional Autónoma de México la "Cátedra Unesco de investi-

gación sobre patrimonio cultural inmaterial y diversidad cultural".

2009: Después de la adopción de la Convención Internacional sobre Contenidos Culturales y Expresiones Artísticas en 2005, se publicó el Informe Mundial Unesco con la participación de la autora de este artículo en el Comité Científico que lo redactó.

Aparte habría que mencionar como aportes internacionales un gran número de otras iniciativas y políticas culturales de México, en especial en cuanto a exposiciones, muestras e intercambios artísticos. Para dar sólo un ejemplo, hubo un sinnúmero de extraordinarias exposiciones del arte de México de varios siglos y de arte olmeca, maya y azteca, además de las exposiciones sobre temas específicos como la reciente sobre Moctezuma. Sería muy difícil enumerar el torbellino de participaciones individuales de mexicanos en el arte y la cultura a nivel internacional que ha creado en el público global un aprecio permanente por las creaciones y producciones artísticas mexicanas.

En suma, los mexicanos nos podemos enorgullecer de los logros en la vida cultural y en la política cultural que se llevaron a cabo durante el siglo xx. Nos honran las creaciones de las culturas originarias y nos honra haber sido vanguardia en la investigación arqueológica y antropológica que, en colaboración con un gran número de antropólogos de otros países, dio a conocer la extraordinaria riqueza de las culturas mesoamericanas. Nos honran las prácticas arquitectónicas, museológicas y artísticas que se conjugaron para crear el museo más admirado del mundo y un conjunto de museos originales y abiertos al pueblo y a todos los turistas del mundo.

Nos honran, asimismo, las políticas y el apoyo a los pintores y los escultores que permitieron crear el muralismo mexicano, reconocido en todo el mundo y, más tarde, la libertad cultural que permitió que surgieran sus antítesis, transgresiones y finalmente un arte postobjetual y móvil que se escapa de las telas, las galerías y de toda otra materialidad. El performance, libertad expresiva con el cuerpo, como serpiente que se muerde la cola, cierra el ciclo del teatro comunitario y el simulacro que nos vienen desde tiempos antiguos.

El arte y los talentos mexicanos todavía brillan en el ámbito internacional, pero México ha perdido el liderazgo cultural que tuvo durante más de siete decenios y que ahora ha pasado a Brasil, Colombia, Perú y otros países latinoamericanos.

MEXICANIDAD Y COSMOPOLITISMO

Podría caracterizarse la cultura mexicana de acuerdo a muchos criterios pero pueden mencionarse tres cualida-

des por las que sobresale su historia y su práctica cultural: la monumentalidad, la originalidad y la creatividad.

La monumentalidad se hace evidente de muchas maneras. En las altas pirámides, algunas con el basamento más ancho del mundo; en la ciudad colonial calificada como “de los palacios”; en los murales mesoamericanos que encontraron su eco en el gran muralismo mexicano del siglo XX. Lo descomunal parece surgir de un alma grande de los mexicanos que se plasmó también en una Revolución que fue la primera revolución social del siglo XX. Pero también en actitudes mexicanas. En la terquedad de Diego Rivera, Siqueiros y Orozco por plasmar un nuevo sujeto de la pintura: el pueblo y sus luchas de todos los siglos; o en la carta de Frida Kahlo dirigida al Presidente que decía:

Defendiendo la cultura, usted demuestra ante los pueblos del mundo que México es un país libre... que siendo México demócrata, lo mismo se respetan las bendiciones del señor arzobispo Martínez que las palabras históricas del Nigromante (“Dios no existe”). Lo mismo se pintan vírgenes de Guadalupe que pinturas con contenido revolucionario en las escaleras monumentales del Palacio Nacional...

A esta carta Miguel Alemán respondió: “La cultura es inmortal y nunca en los verdaderos atentados contra ella la han destruido, porque es incontenible su fuerza creadora...”.

Como descomunal fue también la convicción de Carlos Monsiváis al escribir sin cesar la crónica, no de una ciudad únicamente, sino de las vivencias de varias generaciones de mexicanos, inquietos, rebeldes, olvidados y recordados, asegurando, precisamente, que siguen siendo protagonistas de una historia cultural inclusiva, robusta y creativa.

Esa originalidad y creatividad en la cultura, compartida por todos los mexicanos, se desborda también en el patrimonio cultural intangible. No hay más que ver los simulacros de la Guerra de Independencia que se celebran todavía en muchos pueblos y que fueron groseramente excluidos de los festejos multimillonarios del Centenario y el Bicentenario. Por ejemplo, el festejo en Chilacachapa, Guerrero, que se celebra desde hace más de cien años, en el que se movilizan más de ciento veinte jóvenes en la escenificación de los cuadros del arresto de doña Josefa, el aviso a don Miguel Hidalgo, cuadro a cuadro durante tres días, hasta su fusilamiento. Once contingentes de distintos pueblos llegan a desfilar y participar.¹

¹ Ver Lourdes Arizpe, Cristina Amezcua, Edith Pérez *et al.*, *El Patrimonio Cultural Cívico de México*, Cámara de Diputados y Miguel Ángel Porrúa, México, 2011.

Salta a la vista esta creatividad mexicana en la invención de la danza neoindígena de los concheros y en los grupos de rock en náhuatl, así como en el jazz, rap mexside y tantos otros grupos musicales. Se hace visible esa convicción, hoy en día, en el millón de jóvenes y de grupos afiliados a la memoria mesoamericana, que asisten al equinoccio de primavera el 21 de marzo en Teotihuacán, y también en el Tajín, Xochicalco, Chichén-Itzá, la pirámide de Teopztlán y en tantos otros lugares. País de mitos y país de la palabra florida, país de nuevas celebraciones y de nuevos lazos culturales.

La originalidad de lo que inventan los mexicanos se percibe también en la constante renovación, espontánea e imaginativa, de las artesanías mexicanas. En la actualidad se está tratando de probar la teoría de que una expedición china llegó a costas de Michoacán en 1451 y que dejó, quizá, la tradición de las lacas michoacanas, cuya técnica está muy cercana a las de aquel país. Si acaso fuera cierto, los purépechas no han dejado de innovar en las artesanías de la laca, pero además en la construcción de pirámides redondas y de una lengua, que es, sin duda, la más sonora de México. Sólo falta añadir que puede apreciarse hoy esa lengua en todas partes porque han sido los primeros en filmar una película hablada enteramente en purépecha. Lo que inventan los ceramistas de Ocumicho proviene tanto de una imaginación desbordada como de manos tocadas por la irreverencia. Lo mismo ocurre en Oaxaca, con su Guelaguetza de dieciséis lenguas originarias y textiles y artificios de madera y barro únicos en el mundo. O en Chiapas, donde, entre tantas iniciativas, las mujeres de Sna Jolobil siguen dando muestras de la excelencia de sus textiles mayas.

LOS MIGRANTES MEXICANOS: LA IDENTIDAD DESDE LEJOS

Los mexicanos enfrentan hoy un contexto difícil económico por la desigualdad pero también una sed de conocer que ha propiciado múltiples movimientos migratorios con una intensa interactividad cultural. Muchos salen de México a buscar empleo, a respirar una brisa fresca o a realizar sus aspiraciones artísticas. En palabras de Francisco Pinonceli, joven estudiante de música en París:

Al principio pensé que no regresaría y hoy estoy más que seguro que regresaré, por razones sentimentales, nacionalistas, de responsabilidad social, por mis seres queridos porque mis amistades aquí no me necesitan tanto... tengo el corazón en el otro lado, en Chihuahua.²

² Francisco Pinonceli.

Es un hecho que los migrantes mexicanos no sólo no rechazan su identidad nacional ni su cultura mexicana sino que siguen atados a sus pueblos, sus familias y sus paisajes en México. Al contrario del caso de otros, los mexicanos nunca han sido ni expatriados, ni desterrados, ni exiliados. Apenas nos preguntamos hoy si constituyen una diáspora. El imaginario mexicano forma parte de sus pertenencias personales, adonde vayan. “Ningún mexicano deja de ser mexicano” afirmó una joven escritora mexicana, Juana Adcock, que vive en Glasgow, Inglaterra.

La fortaleza de la identidad mexicana se hace evidente de muchas maneras, entre ellas, en cómo se identifican los mexicanos en el censo de los Estados Unidos. En el censo del año 2010 de este país, los latinos aparecen ya como la segunda minoría, habiendo rebasado a la población afroamericana. No se cuenta todavía con los datos sobre identidad desagregados para este censo de 2010. En cambio, resulta muy interesante que, en el censo de 2000 sólo el 46.8 por ciento de los mexicanos se identificó como raza “blanca”; 0.7 como “negra”; 0.2 como “asiática” y 1.2 por ciento como “indio americano”. De los demás, 45.8 por ciento se reconocieron como de “otra raza” —muchos decían, aparte, que escogieron esa categoría porque se consideran de nacionalidad mexicana; unos cuantos dijeron que porque pertenecen a la “raza de bronce”— y 5.2 por ciento escogieron la categoría de “dos o más razas, es decir, mestizos”.³

MIGRACIÓN MASIVA, CULTURA CREATIVA⁴

La migración masiva de mexicanos a los Estados Unidos responde a razones primordialmente económicas, pero lo que ha sorprendido es la vigorosa transculturalidad que mantiene vigentes los lazos afectivos y culturales entre los migrantes y las primeras generaciones de sus descendientes, con sus comunidades de origen. Admirable resulta también, y congruente con nuestra historia, la creación de varios movimientos culturales mexicano/chicanos, originales, vehementes, en aquel país. Mientras allá este movimiento cultural echó chispas entre el brote de nuevos significados y representaciones —muralismo y artistas chicanos, *performance* “naftazteca” y la Virgen de Guadalupe plasmada en *shorts* y zapatos tenis, liberada—, en México más bien cundió la alarma por la posible pérdida de tradiciones culturales por este ajetreo geográfico.

³ Marta Tienda y Faith Mitchell, editoras, *Hispanics in America*, Academies of Science, Washington, 2000.

⁴ Los datos que se exponen a continuación resumen varios trabajos, entre ellos el publicado en Lourdes Arizpe, “Migración y cultura: las redes simbólicas del futuro” en *Los retos culturales de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, Miguel Ángel Porrúa y Senado de la República, México, 2004.



Mathias Goeritz, *Serpiente*, s/f

Más que pérdida, sin embargo, se trata de transculturalidades, fenómeno que será permanente en los años por venir. Nos toca a los mexicanos, por simple demografía y compleja historia, proponer una nueva concepción de estas transculturalidades como fuentes de creatividad. Varios aspectos de la “representación social” de la cultura mexicana en relación con los Estados Unidos se han hecho ya obsoletos; entre ellos el viejo esquema colonial que percibía a México como sociedad pasiva necesitada de murallas culturales para defender su cultura del exterior. Como se ha mostrado en este ensayo, los mexicanos destacaron a todo lo largo del siglo xx por una producción cultural y artística en constante tránsito con Estados Unidos y con Europa.

También se ha venido abajo la idea de una cultura mexicana “hacia dentro” esto es, pensar que la fiesta cultural se detenía en las fronteras. Hoy menos que nunca, la cultura mexicana, con todas sus diversidades, no se detiene en las fronteras, ni geográficas ni imaginarias ni cibernéticas, como puede apreciarse en las páginas siguientes.

LA CULTURA MEXICANA: “EL DON CREATIVO, LA TEMPLANZA DEL PUEBLO Y LA ALEGRÍA”

Así describió una mexicana en Nueva York la cultura mexicana. En efecto, los términos en los que se expresan los migrantes sobre su cultura originaria no podrían ser más elogiosos. En una encuesta realizada a migrantes en Nueva York, se les hizo la pregunta “¿cuáles son las tres cosas que más le gustan de la cultura mexicana?”. Se alternan respuestas tales como “el don creativo, la templanza del pueblo, la alegría”; “las tradiciones, más inocencia, más convivencia entre vecinos: hay sen-

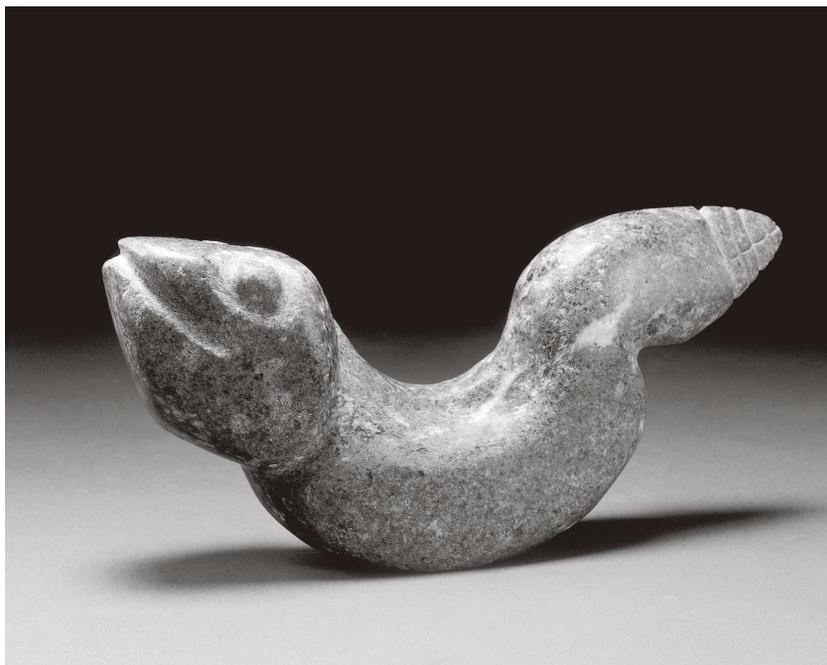
tido de comunidad”; “la música regional, la historia, los museos son interesantes pues nuestra historia es bastante larga”; “las tierras, los pueblos, la creatividad, y el genio y las invenciones de la gente”; “la calidad y la unión de la gente”; “la cocina, la forma en que se relaciona la gente, la historia”.⁵

En esa encuesta, los migrantes mexicanos, al hablar de lo que les gusta e identifica con México, 40.2 por ciento se refirieron a aspectos de la cultura: historia, tradiciones, fiestas, patrimonio cultural y 10.4 por ciento a la gastronomía. Lo que resalta también por cierto es que 17.4 por ciento destacaron aspectos de la convivencia: la calidez, el trato y el apoyo entre la gente. El resto de las respuestas se repartieron entre temas tales como la belleza de los paisajes, el clima, las playas y hasta el tequila.

Un joven migrante de Tlayacapan, Morelos, resumió así lo que sentía: “¿Qué extrañaba? La familia, que es lo más importante, las costumbres, la libertad...”. Varias mujeres, sin embargo, dijeron que extrañaban a sus familias, pero que apreciaban sobremanera que en Estados Unidos se sentían protegidas contra la violencia de sus esposos.

Como ocurre también en países europeos, en el caso de Estados Unidos, hacia donde la migración mexicana es una ola perenne de ida y vuelta, a la par de esta lealtad cultural crece también el deseo por asimilar selectivamente muchos aspectos del estilo de vida norteamericano y encontrarles un acomodo sin perder sus referencias simbólicas mexicanas o latinas. Esto es válido para la primera generación y aun para la segunda generación de descendientes de mexicanos, aunque ya

⁵ Encuesta realizada en Nueva York a sesenta y dos migrantes mexicanos, en 2004.



Escultura zoomorfa, serpiente tipo Mezcala, ofrenda 41, Templo Mayor, Ciudad de México, 1325-1521 d.C.

los nietos de los primeros migrantes tienden a integrarse a la sociedad norteamericana, muchos con un aprecio por una nueva filiación como latinos. El arte y la cultura chicana y mexicano-norteamericana constituyen una aportación a la vida cultural y social de los Estados Unidos. Por ejemplo, se extiende cada vez más la gastronomía y la música de México, pero crea relaciones complejas con el arte y la cultura de nuestro país.

El estudio más connotado sobre la migración de hispánicos, realizado por las Academias de Ciencias de los Estados Unidos,⁶ hace notar asimismo que si bien los inmigrantes hispanos en los Estados Unidos están pasando por las mismas etapas de integración que los migrantes de otras nacionalidades —pérdida paulatina del idioma y del aislamiento social en cada nueva generación, incremento progresivo de niveles de estudio y acceso a empleos mejor remunerados y a niveles profesionales y directivos en las empresas, y matrimonio con personas pertenecientes a otros grupos blancos o étnicos—, los latinos tienen características que pueden obstaculizar su plena integración en el futuro. De no lograrse aumentar las inversiones en la educación e integración de los latinos, señalan los autores de este estudio, esta categorización pasará de una denotación étnica a ser una categoría de clase subalterna permanente o *underclass* que agravará los problemas laborales, educativos y de salud de este grupo.

EN SUMA: LOS CÓDIGOS IDENTITARIOS DE LOS MEXICANOS

En gran número de estudios y encuestas que no es posible citar aquí, se ha reiterado que existe entre los mexicanos una constelación de códigos identitarios. Entre ellos pueden mencionarse:

1. La tierra: los paisajes, las playas, las sierras, las selvas. Pero también la ondulación verde claro de las milpas tempranas, los collares de bugambilias sobre los tecorrals, las calles empedradas con casas altas de anchos aleros en las sierras, las calles empedradas de las mansiones estilo colonial, los edificios ultramodernos siempre acompañados de pinturas murales o esculturas, la arquitectura del desierto que funde los muros con las tierras áridas.

2. La historia: las pirámides, las canchas de juego de pelota, las iglesias, los palacios virreinales, el Castillo de Chapultepec, el Monumento a la Revolución, el Museo Nacional de Antropología e Historia, la Plaza de Tlatelolco, la Macroplaza de Monterrey. Y, también, el patrimonio cultural intangible: las danzas de la Conquista, los carnavales; y el patrimonio cultural cívico: el simulacro de la guerra de la Independencia en Chilacacha-

⁶ Tienda y Mitchell, *op. cit.*

pa, Guerrero; la conmemoración “Vida y Muerte de Zapata” en Ixtlilco el Grande, Morelos.

3. La convivencia: los infinitos festejos para celebrar los ritos de pasaje de la vida humana, las ferias y fiestas de pueblos y colonias, los desfiles y procesiones, la música compartida en los convivios. Y también, la sonrisa pronta y el abrazo apapachado, la disposición inmediata a prestar ayuda,⁷ la invitación abierta a los hogares, la hospitalidad sin límites hacia los fuereños, el regalo, el omnipresente regalo por todo y hacia todos.

La convivencia mexicana, esa costumbre tan profunda que nos une en los tiempos de peligros que corren, es necesario defenderla con toda la firmeza de que seamos capaces. Después de una Revolución violenta los mexicanos, con un Estado responsable, logramos vivir setenta años con paz social. Hoy, más allá del desastre político que ha propiciado cuarenta mil muertos, ante la violencia que han incrustado en los corazones, hay que defender la integridad física y con más razón la convivencia social. En el mundo cosmopolita en el que ya vivimos, no habrá sustentabilidad sin convivibilidad.

LAS NUEVAS NARRATIVAS CULTURALES DE LAS CIUDADES MEXICANAS

Las ciudades de México son tesoros de la sucesión de los tiempos culturales de la historia. En los últimos lustros, en las principales ciudades de México, han surgido innumerables proyectos de conservación del patrimonio cultural, tanto edificado como intangible así como la creación de museos y centros culturales. En algunos casos, como el de la Ciudad de México, y como ha sucedido con otras ciudades del mundo, al destacarse la conservación, se corre el riesgo de que los propios centros de las ciudades se conviertan en museos. En cambio, como en la propia Ciudad de México, se ha promovido la cultura. Por una parte, dinamizar las actividades económicas para que inciten a la construcción de nuevas infraestructuras, así como de nuevos oficios, y nuevos centros de creación artística. Por otra parte, promover el patrimonio cultural inmaterial, al rescatar los oficios, las festividades, las actividades asociativas culturales. Con ello, se acompaña la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial con una nueva reinención del patrimonio cultural vivo.

En México el dinamismo cultural del país ha seguido viento en popa en el mundo del arte y de los nuevos

⁷ En un editorial del *International Herald Tribune* de marzo de 2011, Justin Horner describió cómo, al no encontrar ayuda para reparar su automóvil detenido en las carreteras de los Estados Unidos, en tres ocasiones fueron mexicanos migrantes quienes se detuvieron para ayudarlo. Justin Horner, “The Tire and the Tamale”, *International Herald Tribune*, marzo de 2011.

medios, apoyados por los gobiernos federal y estatales. Los jóvenes artistas han seguido con una creación profusa de nuevas formas de ambientar, instalar, —incluso adosar ciudades perdidas a los museos—, hacer *performance*, explorar la biosimbiosis con el entorno natural, y cuanto les ha dictado la invención. En la Ciudad de México, además, las festividades y proyectos culturales se recrean sin cesar, como si siguiéramos cumpliendo al día todavía el calendario ritual tenochca.

Hay que reconocer que, si bien todas las ciudades comparten una gran diversidad cultural y social, el lugar en el que se mezclan, reconociéndose y asimilándose, las diversidades, es por lo general en los centros de las ciudades. Hoy, sin embargo, el concepto de arte así como de patrimonio cultural se han extendido más allá de las definiciones y programas previos y de los sitios y territorios tradicionales. No hay ya exclusividad de espacios y esto favorece el mestizaje, esto es, la libertad de entrelazar distintos modos de ver, de comunicar y de amar para crear nuevas versiones de las culturas mexicanas. Hay también las hibridaciones en las que conviven diversos aspectos de distintas culturas o estilos de vida. Y todo esto en la actualidad llega a su apogeo con la tendencia hacia las “fusiones”, nuevo vocablo global que, en nuestro país, como serpiente que se muerde la cola, reitera la vigencia del término con el cual los intelectuales y artistas mexicanos inauguraron el auge de la cultura mexicana: el mestizaje.

Lo que es importante destacar es que, ante la rapidez del cambio social y de las narrativas y signos de las nuevas culturas urbanas, es el patrimonio cultural intangible el que puede mantener el hilo que hilvane cómo se identificaban las generaciones sucesivas en la ciudad.

LA PERSONA Y EL PATRIMONIO CULTURAL PRIMARIO

Dos puntos hilan el patrimonio cultural primario y la memoria en las culturas urbanas en México: la memoria es el punto de partida de la cultura pero es la vida privada la que da un sentido de persona al individuo. Y es la persona la que puede ejercer la libertad cultural en sus decisiones para construir un futuro, para seguir tejiendo los lazos que hacen posible que un conjunto de personas, no de individuos, no de sujetos, no de actores —que no son lo mismo— hagan posible interactuar y apoyarse unas a otras para seguir viviendo en la convivialidad en una sociedad y una nación.

De lo que no se puede prescindir es del patrimonio cultural, puesto que son las conexiones entre los elementos de la memoria las que nos dan el sentimiento unitario de ser uno mismo. Lo que Antonio Damasio describe en términos de la neurociencia como el “ser autobiográfico”. O sea, este “ser autobiográfico” es el que sabe que sabe y

puede responder de acuerdo a los valores y deseos que reflejan sus redes de memoria. Todo lo cual nos lleva a decir que el “ser autobiográfico” es el que puede elegir.

El patrimonio cultural inmaterial nos rodea. Desde las fiestas y ferias hasta el mundo más íntimo. Ese pequeño lugar construido con objetos y recuerdos culturales. Por ejemplo, los retratos empañados de los abuelos, el abanico traído de Veracruz por la tía, el cromó del Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl cuyo calendario de hace diez años quedó fijado en el tiempo, igual que la leyenda de esos volcanes. Pequeños trazos del pasado que, al irse enlazando en su conjunto, marcan los límites de un pequeño mundo de confianza.

No hay casa campesina, cuarto de vecindad, departamento o casa citadina que no tenga esta constelación de “recuerdos”, puntos tangibles de un patrimonio intangible que le otorga sentido al sitio primario que construye el ser autobiográfico de los mexicanos. Este “sitio de cultura primaria” es el que protege, en muchos casos, de una vida pública cuando ésta es amenazante por alguna razón.

En todas las ciudades del mundo, así como ocurre en México, los jóvenes buscan agruparse con base en nuevos códigos de su propia invención y que ahora, en muchos casos, son globales. Nacidos como signos de identidad joven desde los años ochenta, los grupos cholos, *dark*, góticos, *skatos*, relocalizados como “ciberpunk-mazahuatlahuac”, de acuerdo con una publicación reciente, organizan los símbolos para las nuevas generaciones de la sociedad mexicana. Los jóvenes pasan por estos grupos para después insertarse en otras identidades, según su oficio, su profesión, su preferencia política, su feligresía, su colonia urbana y/o su pertenencia a otros grupos culturales. Cuando los jóvenes no tienen acceso a estos otros escalones de la movilidad económi-

ca y social, tienden a perpetuarse en grupos que llegan a acentuar perfiles más radicales y, como ocurre ahora, son violentos y criminales.

Cuando ocurre esto último es importante destacar que aun los grupos de criminalidad más acendrada crean sus propios códigos simbólicos. Quizás el ejemplo más claro es el de los narcotraficantes que abrieron prácticamente el único camino de ascenso económico y social frente a una política que favoreció la desigualdad educativa y económica y dejó a la deriva a tantas jovencitas y jovencitos del bono demográfico.

LAS REDES SOCIALES Y LA VIDA PÚBLICA Y PRIVADA

El milenio abrió creando un universo invisible, paralelo al que ven nuestros ojos y que crea redes culturales y sociales distintas a las que habían existido hasta ahora en la cultura mexicana. Para la gente que puede acceder a la comunicación por computadora, las redes sociales en Internet permiten navegar, conectarse, intercambiar, crear y recrear con una libertad sin horizontes para las personas, a través de un mundo que se ha hecho pequeño.

Es evidente que este tsunami de las redes de Internet ya está cambiando los hábitos culturales de los mexicanos. Los migrantes se comunican a través del sitio de su pueblo en la red; las familias entretienen correos por todo el territorio nacional; los jóvenes viven sus vidas de amores y amigos en el Facebook; los políticos de pronto tienen que atender a oleadas de ciudadanos ciberinvisibles en el Twitter. ¿Se vertirá la intensa sociabilidad de la cultura mexicana en las redes cibernéticas? ¿O está surgiendo otro tipo de comunicación, para unos aceleradísima, para otros trivializadora? El hecho es que los niños están creciendo conformados por los mensajes e imágenes de



Jorge Díaz González, *Cráneo*, 1991



Hacha, Centro de Veracruz, 200-900 d.C.

teléfonos móviles, Facebook, Twitter y un esperanzador y a la vez oscuro y amenazante universo cibernético.

Surgen voces que quieren orientar este insólito poder comunicativo hacia un verdadero desarrollo humano sustentable, es decir, en el que las libertades de unos respeten las libertades de los demás. Las redes sociales pueden ser un instrumento vital para lograr la democracia, el respeto a los derechos humanos y la movilización hacia la libertad. Según otros autores, en cambio, lo que puede inquietar del uso omnipresente y de intrusión del Internet es, primero, que se lleguen a percibir las tecnologías de comunicación como una voluntad descentrada que rebasa la autoridad del mismo usuario, de sus padres o maestros, o de las autoridades elegidas democráticamente. Y, segundo, que los propios usuarios se vuelvan esclavos de su subordinación a verdades a medias provenientes del autoritarismo de comunidades virtuales que pueden volverse opresivas, como las sectas fundamentalistas, los grupos militantes violentos o que incitan al odio, y otros. En efecto, varios sucesos recientes muestran que las tecnologías pueden deslizarse a un lado frente a las capacidades de las instituciones educativas, legislativas y políticas nacionales o internacionales y que no puedan acotarse sus impactos psicosociales, políticos y culturales.

Otra pregunta empieza a hacer la ronda: si la entrega de la vida privada a través de los correos electrónicos, los sitios y las redes sociales en Internet la hará volverse completamente pública: ¿quiénes y cómo tienen derecho a usarla? En una actualidad plena de amenazas, la circulación extendida de todos los datos sobre la vida de las personas, la noción misma de libertad cultural, la creación artística, la propiedad intelectual se encuentran en entredicho.

LOS RETOS: LAS LEALTADES MÚLTIPLES Y LAS REDES GLOBALES

La pregunta que se remueve en los espacios culturales mexicanos en el presente es si seremos capaces de sostener ese alto nivel de avanzada cultural que tuvo México el siglo pasado, ahora en un mundo globalizado.

Durante el siglo xx el Estado tuvo el acierto de impulsar las actividades culturales que un mercado en ciernes no podía hacer florecer. Entonces, los indígenas, los artistas, los intelectuales, todos los mexicanos lucharon por la libertad cultural, tanto de expresión como de pensamiento, que les ha permitido desarrollar, cuestionar, viajar, crear y reinventar, abrir su imaginación y desplegar sus talentos. Las mujeres, en particular, tanto jóvenes como menos jóvenes vieron abrirse los horizontes del ser, del pensar, del elegir. Hoy los desequilibrios están a la vista de todos y la cultura en México se está que-

dando en medio del río. Lo que más preocupa es que los mexicanos sigan teniendo las condiciones para poder crear, producir, innovar y comunicar en la cultura.

La oposición cultural en contra de lo que se percibe como tendencias culturales globales homogeneizadoras se ha acelerado de la misma manera en que los medios institucionales para remediar el acceso desigual a los recursos económicos se han debilitado o se les tacha de ineficaces. Las crecientes dislocaciones del poder han coincidido así con las crecientes presiones culturales.

Porque el mexicano vive la vida con la muerte, no deja de crear señales de vida. Esas señales son la pasión que, como en todo, se desborda. Se desborda en los amores y en sus crímenes pasionales; en la lucha por el poder que tanto daña a la democracia; en la avidez por acumular que llega a tal ceguera que se deja en el hambre a los demás. La violencia económica que se arroja en la arrogancia y la indiferencia lleva entonces a la violencia a secas, a los secuestros, a la brutalidad contra las mujeres, al tráfico de drogas: ese ciclo de infierno se había mantenido a raya hasta el nuevo milenio.

En suma, hoy en día, en México la cultura constituye: 1) un factor primordial de unidad nacional: lengua, valores compartidos e identidad, 2) un espacio para desarrollar una visión de futuro basada en el consenso y la negociación, 3) un sector económico en crecimiento, 4) un valor de presencia y prestigio para la conducción de interacciones económicas, políticas y culturales con otros países en el proceso de la globalización.

Para enfrentar estos retos se requiere: 1) la protección del patrimonio cultural en toda su gama, 2) promover la producción de bienes culturales para el mercado tanto nacional como de exportación promoviendo las industrias culturales, asegurando que su propiedad intelectual y los beneficios de sus ventas queden en manos de sus creadores y productores, 3) seguir manteniendo en alto la reflexión y las prácticas de la cultura en México como parte de nuestra identidad en el mundo global, 4) orientar actividades culturales hacia los grupos cuya pobreza destruye sus capacidades y habilidades culturales tradicionales, fomentando nuevas formas de producción de bienes culturales y de actividades culturales generadoras de ingreso.

Para concluir, en México no hemos acabado de resolver los viejos problemas de la cultura y el patrimonio y ahora tenemos que acelerar el paso con nuevos conceptos, nuevas estrategias y nuevos bríos. Para ello contamos con la riqueza del patrimonio, la habilidad de las manos, la imaginación y la sociabilidad de los mexicanos. Hoy las obras de los mexicanos marcan los senderos culturales de todo el mundo, como lo hicieron a lo largo del siglo xx. Nuestro reto es defender estos talentos y exigir esa libertad de pensamiento y de creación que es nuestro principal patrimonio cultural. **U**